

EL TRAMPOSO ENGAÑADO: EL ZORRO EN LA COSMOVISIÓN ANDINA

Juan van Kessel*

* Sociólogo.
Investigador del IECTA.
Correo electrónico:
johvkessel@yahoo.com

El presente artículo nos entrega valiosos antecedentes y una mejor interpretación aún, acerca del papel que cumple el zorro en la cosmovisión andina.

Palabras claves: Aymara - Animales - Cosmovisión.

The present article gives us valuable background information and an even better interpretation on the role of the fox in the Andean Weltanschauung (World Vision). This animal, known for its shrewdness, plays a significant role in the Andean ethics, which is an issue that this paper intends to analyze.

Key words: Aymara - Animals - Weltanschauung (World Vision).

En la literatura europea medieval, las leyendas del Zorro Reinaldo, son muy populares. En enseñanza media, todo estudiante los ha de leer, pero muy pocos de ellos saben que en los Andes el bribón Reynaldo tiene un sobrino, Antonio, tan tramposo como su tío, que se mete en todo donde no debe. Sus pertrechos son los mismos. La diferencia es que la viveza de Antonio suele ser superada por los otros animales de modo que generalmente termina pagando por sus pecados y torpezas.

En el mundo andino, el zorro - al igual que otros animales silvestres como el quirquincho, el puma, el guanaco y el suri - son considerados “animales del Diablo”, mientras la llama, la alpaca, el cordero y otros animales domésticos son llamados “animales de Dios”. El zorro es “el perro del Mallku” (el espíritu del cerro protector del ayllu). Otros lo llaman también “el perro de los gentiles”, que ha de cuidar sus casas, las chullpas; éstos son los enterratorios de los antepasados pre-cristianos. Una mañana escuché a un pastor llamero, desesperado por una plaga de zorros que día a día hacía estragos en su tropa, gritar a toda fuerza a su Mallku, cuando en una de sus andanzas solitarias encontró un par de llamitas semidevoradas: “¡Amarra tu perroooo!”. Después me confió: “Es un secreto; puede que ayude”. Sin embargo, el pastor andino

también dispone de otros recursos para defenderse del zorro. Construye trampas y jaulas, lo caza con su perro, deja carne envenenada en el cerro y hasta organiza chacos. Victor Quiso, campesino aymara con toda una vida de pastor y agricultor en los campos de Juli, (Departamento de Puno, Perú), cuenta: “La thojilla es una trampa para los zorros, construida en lugares estratégicos con piedra tallada, que tiene una forma rectangular. En uno de los extremos lleva una puerta estrecha con su tapa. La presa es colocada en el fondo amarrado con una soguilla y en la otra punta está amarrada la tapa que queda suspendida dejando libre la entrada. De esta forma el zorro se introduce en busca de la presa y cuando va comiendo corta la soguilla. Entonces la tapa cae encajándolo justo a la puerta, impidiéndole la salida. Así queda atrapado el zorro”. Cuando el pastor mata un zorro, sucede que soba los animales tiernos de su rebaño con el pellejo porque “el olor del zorro los protege. El zorro no los agarra porque dice: Este no; este es mi ganado”. Otro secreto para ahuyentar a este bandido es quemar su pellejo como un sahumero en el corral de modo que el olor del pelo quemado penetre en la lana del ganado.

Desde agosto, cuando el zorro entra en celo, el aymara pone atención en el tono de su llanto. Gónzaga Ayala, campesino aymara del Depto. de Oruro, Bolivia, relata los “bio-indicadores” meteorológicos que maneja su pueblo y cuenta: “El zorro anuncia una buena producción de papa, cuando sus ladridos son muy agudos, manifestándose como si estuvieran atragantados o taponadas sus gargantas. Para un mal año o mala producción de papa, sus ladridos son finos y nítidos”. Del tono deduce el campesino si en el nuevo año agrícola las lluvias vendrán temprana o tardíamente, si serán escasas o abundantes. Así calcula cuándo será la época más favorable para la siembra. Para saber qué cultivo dará mejor cosecha observa y analiza el excremento del zorro y los restos de su comida. El mito de Cuniraya nos cuenta que Antonio es watoq y predice el futuro. Posee un conocimiento especial del origen de las enfermedades. Es también mensajero de desgracias y anuncia la muerte de un comunero. La punta negra de su cola, llamada q’aqcha, es su ojo secreto, apreciado como fetiche para aquellos hombres que quieren ganar el amor de una mujer.

Antonio, llamado también Tiwula, Atoq, Camaque, Lari (músico), Larita (tío o cuñado por parte de la mujer), Chumpiponcho (con poncho rojo), Suwa (ladrón) o tío, tiene un carácter maligno, vengativo y peligroso. Cuando el pastor mata a sus cachorros, se venga con toda seguridad contra su rebaño. Su

carne es muy hedionda pero es excelente remedio contra el dolor de muelas. El perro es su peor enemigo. Cuando lo siente de lejos, huye o se esconde en su cueva o entre las piedras y cuando el perro lo sorprende de modo que no pueda huir, se desarrolla una pelea salvaje y mortal. Cuando el zorro logra a agarrar al perro del cogote no lo suelta más hasta matarlo. Dicen que se le caen los dientes a un perro que ha mordido a un zorro.

Antonio es también un cazador astuto. Por otra parte sabe despistar hasta el perro más diestro. También sabe amistar con el perro pastor y hacerlo su compadre y cómplice, convidándole de la presa robada: después el perro se transforma en su protector y socio de caza.

Todas estas características del zorro se explican en las leyendas que el aymara cuenta de él. En los antiguos textos de Huarochirí encontramos varios mitos en los que aparece el zorro como sabedor de los secretos de un héroe, Tamtañamca, que sufre de una enfermedad incurable. Conoce además el remedio que le puede salvar (Taylor, 1987, 85-119). La explicación de la eterna enemistad entre el hombre y el zorro la encontramos en la maldición del dios Cuniraya:

“Dicen que en tiempos muy antiguos Cuniraya Huiracocha, convertido en hombre muy pobre, andaba pateando con su capa y su cusma hechas harapos. Sin reconocerlo, algunos hombres lo trataban de mendigo piojoso. Ahora bien, este hombre animaba a todas las comunidades. Con su sola palabra preparaba las chacras y consolidaba los andenes. Con nada más que arrojar una flor de cañaveril llamada pupuna abría una acequia desde su fuente. Así realizando toda clase de hazañas humillaba a los demás huacas locales con su saber. Había una vez una mujer llamada Cahuillaca que también era huaca. Sucedió que esta mujer, que nunca se había dejado tocar por un hombre, estaba tejiendo debajo de un lúcumo. Cuniraya, gracias a su astucia, se convirtió en pájaro y subió al árbol. Como había allí una lúcumo madura, introdujo su semen en ella y la hizo caer cerca de la mujer. Ella, muy contenta, se la tragó. Así quedó preñada sin que ningún hombre hubiera llegado hasta ella. Nueve meses más tarde, como suelen hacer las mujeres, Cahuillaca también dio a luz, aunque fuese todavía doncella. Siempre se preguntaba de quien podía ser el hijo. Al cumplirse el año - el niño ya andaba a gatas - hizo llamar a todas las huacas y los huillcas a fin de saber quien era el padre. Ellos acudieron con su ropa más fina, cada uno convencido de ser el que cahuillaca iba a amar. (En vano buscaba al padre, pero cuando finalmente el mendigo piojoso resultó ser el

padre de su hijo,) Cahuillaca gritó “¡Ay de mí! ¿Cómo habría podido yo dar a luz el hijo de un hombre tan miserable?” y cargando a su hijito, se dirigió hacia el mar. Cuniraya se vistió con un traje de oro y empezó a seguirla y a llamarla: “Cahuillaca, mira aquí. Ahora soy muy hermoso” y se enderezó iluminando la tierra. Pero ella no volvió el rostro hacia él. Se dirigió hacia el mar para desaparecer para siempre por haber dado a luz el hijo de un hombre tan horrible y sarnoso. (En Pachacamac mar adentro, se transformó en piedra. En su camino, Cuniraya encontró toda clase de animales. Unos le dieron buena, otros mala información sobre Cahuillaca, por lo que fueron premiados con bendiciones o castigados con una maldición. Así encontró también al zorro). El zorro le dijo que ella ya iba lejos y que no iba a alcanzarla. Entonces le dijo Cuniraya: “Aunque andes a distancia, los hombres llenos de odio te tratarán de zorro malvado y desgraciado; cuando te maten, te botarán a tí y tu piel como algo sin valor”. Finalmente, Cuniraya encuentra a la mujer en la playa, pero transformada ya en piedra (Taylor; 1987, 52-73).

Víctor Quiso relata la vigencia de la antigua cosmovisión en la que el zorro encuentra su posición y función particular:

“Cuando hay pérdida de los animales o que por un descuido se han quedado en el campo, el pastor inmediatamente al anochecer invoca a los Achachilas para que las den protección y amarren sus perros, para estar seguro amarra la honda y la coloca debajo del mortero. Este es un secreto de los pastores, pues haciendo esto son amarrados los perros del Achachila. De esta forma el zorro no ataca fácilmente a los animales perdidos, puesto que al día siguiente los animales pueden encontrarse sanos y salvos”. Cita a Pablo Choque Cáceres y sus consejos: “No hay que odiar al zorro. Cuando se le sorprende devorando a una alpaquita hay que dejar no más que se la coma, porque sabe pedir a Dios para que incremente su rebaño. Cuando se le quita sabe vengarse. También hace invocaciones, pero para que se termine el rebaño. Por eso cuando por un descuido hemos dejado un animalito en el campo no nos enojamos con el zorro y dejamos no más que lo devore y no se lo quitamos. Cuando está caminando por el campo no hay que molestarle, ni reprenderle porque el animal es del Achachila”. Otro testimonio similar pero referido al cóndor, es de Santiago Mandamientos, de la comunidad de Chichillapi (Puno, Perú): “Antes a los cóndores los trataban bien y los consideraban como aves de las divinidades. Cuando el cóndor atrapa a una cría se deja no más que la coma, porque cuando se quita la presa, el ganado sabe terminarse y ya no procrea

más. El cóndor es bien agradecido, porque después de comer a la alpaquita se va a su casa que está en las rocas y en ella dicen que hace invocaciones expresando las siguientes palabras: “mira, mira, mira” (palabras aymaras que significan multiplíquese, multiplíquese, multiplíquese) para que se multiplique el rebaño, y cuando los quitamos la presa, dice que también hace oraciones pero esta vez expresando las palabras contrarias: “tuku, tuku, tuku” (que se termine, que se termine, que se termine), para que se acabe el ganado. Esto es cierto. Parece que el ave es algo sagrado”. La cosmovisión andina es la que explica también antiguas costumbres del pastor aymara. Cuenta una pastora, Valentina Choque Cáceres, de la comunidad Ajani (Puno, Perú): “En la killpa (la marcación del ganado), para el zorro hay que marcarle su ganadito, el regalito de un animalito. Dicen que este ganado sabe reproducirse bastante. Entonces el zorro ya no sabe molestar al rebaño, más al contrario sabe proteger y defender, porque sabe que en el rebaño está su ganado concedido”.

En las comunidades andinas se cuentan centenas de leyendas del zorro. Sus perrechos se relatan siempre con nuevas variaciones, detalles chistosos inventados en el momento y aún con elementos foráneos: “Un día el zorro iba a escuchar misa...” Las leyendas andinas del zorro, y de otros animales, suelen cumplir con tres objetivos: entretener, moralizar y explicar.

Antes que nada son chistosos, entretenidos, chispeantes, fascinantes, gracias a una rica tradición en el arte narrativo. Con razón investigadores, folkloristas y estudiosos de la literatura andina los aprecian como literatura oral -”oratura”- de gran valor que solamente en las últimas décadas está siendo descubierta y valorizada. En los años ‘80 aparecieron casi anualmente libros con estas leyendas para el uso en escuelas y colegios. Además de estos libros para la enseñanza, se publican artículos y obras científicas con fines de análisis literario y lingüístico. Dicho sea que estas ediciones responden a un mercado urbano y no a una demanda indígena. Sin embargo, es en la comunidad andina donde continuamente se desarrolla esta literatura oral. La comunidad misma es su fuente viva y renovadora.

En general, las leyendas persiguen también un fin moralizador y sancionan socialmente la vigencia de los principios éticos y mitológicos de la cosmovisión andina. Los textos antiguos, como las leyendas de Huarochirí (1607) y el estilo narrativo indígena contemporánea lo demuestran ambos. Los libros para la enseñanza en que se reproducen estas leyendas, como por ejemplo la colección

Wiñay Pacha (1985, ss.), acentúan esta tendencia moralizadora adaptándola a las exigencias del tiempo y del medio escolar mestizo y criollo.

En muchos casos los cuentos dan una explicación de instituciones y costumbres o cuentan el origen divino de las mismas. Otros explican por qué el zorro tiene un pellejo rojizo, un hocico negro y una cola con punta negra; por qué come cadáveres; por qué habita terrenos silvestres y rocosos; por qué sale cazando de noche; por qué siempre es perseguido y castigado; por qué su carne no se come y su pellejo no es apreciado. El interés mitológico no se menciona explícitamente, porque se supone conocido aunque en muchos casos los elementos mitológicos se han alejado de los niveles conscientes o desaparecieron totalmente detrás del horizonte del olvido. Algunos ejemplos:

El zorro y el cóndor. Antonio vio con envidia cómo el Mallku Kuntur -el Señor Cóndor- de acuerdo a su alto rango comía carne de llamo en abundancia. Se trenzó un lazo de paja, se lo amarró a la cintura y laceó al padrillo de la tropa de llamas que pastaba allí. Pero el llamo arrancó arrastrando al zorro por espinas y cactus, rocas y piedras, dejándolo finalmente botado, más muerto que vivo.

El zorro y el grillo. Caminó Antonio con paso lento y arrogante y pisó al grillo. Este se escondió en un agujero de una piedra y lo insultaba: “Huajcho flojo y andrajoso, sin vergüenza y tramposo, siempre hambriento, siempre comiendo las basuras que otros dejan botadas”. El zorro se enojó y le declaró la guerra, convocando a todos los animales salvajes del cerro. El grillo juntó su ejército de insectos. Con mordiscos y picaduras venció al zorro con sus aliados. Antonio huyó pero los insectos lo persiguieron hasta que se refugió en la laguna donde se ahogó.

La zorra y la huayata. La zorra sintió envidia por los pollos de la huayata, con sus patitas coloraditas y le pidió cuál era su secreto. La huayata quiso vengarse y le contestó: “Hay que calentar al horno con brasas y cuando están todas rojas al fuego dejas tus cachorros adentro y cierras el horno bien cerrado”, y luego, nadando se alejó con sus pollitos, mientras la zorra calentó el horno y quemó sus cachorros vivos.

La moraleja está clara. El zorro es castigado por ser creído, arrogante, envidioso, vanidoso. Un interesante detalle mitológico aparece cuando el zorro comete torpezas con el fogón de la cocina y las ollas y con mujeres.

Matrimonio y preparación de alimentos -valores centrales de la cultura del Akapacha, nuestro mundo humano de acá- son para el zorro terreno ajeno que no le corresponde de ninguna manera y donde no debe meterse. De hacerlo, altera y desorganiza el orden fundamental. La situación final es siempre la de su castigo, su desgracia, su vergüenza pública.

Igual que en las fábulas de Esopo, el zorro andino aparece también como ejemplo, para avisarnos a ser prudentes. Sus fechorías nos sirven de buen consejo frente al mal comportamiento de los humanos y también para enseñarnos un buen comportamiento. Los siguientes cuentos son didácticos y nos enseñan que con astucia (del zorro) se progresa más que con la fuerza bruta (del puma), pero lo que lo supera todo es la acción colectiva del pueblo de las insectos (para el aymara, reflejo de su propio pueblo).

El zorro como socio del puma. Una vez cuando el puma estaba en guerra con el grillo, el zorro se le ofreció como socio y chasqui. Pero en su misión el pueblo de los insectos lo atacó y lo expulsó del bosque. Para vengarse del puma, Antonio después lo traicionó: volvió al socio para entregarlo con mentiras y astucia a los insectos del bosque.

El campesino y el puma. Una vez el puma quiso cazar los bueyes de un campesino que estaba arando. El zorro se le ofreció para ayudarlo si le consiguiera en pago un borreguito. Gracias a las mentiras del zorro el campesino se liberó primero del puma y luego le armó una trampa al zorro con la ayuda de sus perros.

La última es una leyenda con varios elementos foráneos (el arado, la yunta de bueyes, el borrego) incorporados en el universo de la leyenda aymara. La moraleja del cuento es: “el tramposo engañado”. El agricultor (aquí nuevamente el autorretrato del indígena amenazado por todos lados) resulta ser el más inteligente, supera los peligros y vence a sus asechadores, demostrando cómo hay que resistir a los enemigos (criollos y mestizos, políticos, jueces, hacendados, comerciantes, curas) y cuidarse de sus trampas. El secreto es: enfrentarlos entre ellos.

Si las leyendas son “el catecismo andino”, ¿cómo aparecen de una misma leyenda un sin fin de variantes? Dicho sea antes que nada, que el aymara y su catecismo es todo menos dogmático. Cada narrador amplía las leyendas con su propia interpretación: diálogos graciosos, comentarios chistosos y detalles pintorescos que renuevan y actualizan continuamente la sabiduría del antiguo

cuento. Al narrar sus cuentos y entretener a los que lo escuchan, expone la cosmovisión andina en forma implícita, sin sombra de dogmatismo y sin tono de moralista (que son características de la literatura didáctica criolla). Algunos cuentos pasan a ser picantes y hasta heréticos, por invertir las relaciones. Así sucede que el zorro alguna vez lo gana al cóndor. El andino sabe relativar los principios del bien y del mal -que para él no siempre son excluyentes, sino complementarios - y combinar las oposiciones y contradicciones. El cuento burlesco del zorro, el cóndor y el caballo, invierte por un momento la jerarquía y de paso explica por qué el cóndor tiene el cogote pelado.

Una tarde de mucho calor el caballo estaba echadito con todo el ano a la vista. Lo vio el zorro pero no se atrevió a hacerle nada porque era grande y fuerte. Se fue adonde el cóndor que nunca había cazado ni comido carne de caballo. El zorro, muy pillo, le dice: “allí cerquita, compadre, hay mucha carne, pero es difícil cazarla”. “¿Por qué, compadre?, le contestó el cóndor. “Porque es un animal muy grande. Pero se me ocurre que tú lo puedes matar sacándole las tripas por el ano”. El cóndor se deja convencer. Se acerca volando suavemente por detrás del caballo y le lanza un pocitón al ano para llegar a las tripas. Pero el caballo pegó un salto apretando el ano con fuerza y la cabeza del cóndor quedó pillado adentro. El caballo echó a correr loco por el dolor y el cóndor quedó colgado como trapo hasta que el caballo después de una larga carrera lo botó, cubierto de guano. Allí quedó el cóndor medio muerto, con la cabeza y el cogote pelado, y se ve hasta hoy castigado así por haberle creído al zorro.

El cóndor suele ser pintado como personaje de respeto, titulado de mallku, apu, awki (señor) y es de alto rango como el mismo Achachila. En la ideología inca representaba también al Sol, Inti. Es un personaje grave y severo, elegantemente vestido en su traje negro con corbata blanca. Come solamente las partes más finas de presas de prestigio, como la llama. Es un aristócrata y pertenece al Arajpacha, el mundo de arriba. El zorro es en todo su contrario. Pertenece al Sallqa, el mundo silvestre, o al Manqhapacha, el mundo de abajo. Por eso la leyenda anterior es particularmente picante para el aymara.

El zorro es porfiado, ingenuo, estúpido, voraz, intruso. Por eso, su destino es el castigo y la burla. Su mala suerte no es sino la forma de la maldición y del perpetuo castigo a que fue condenado desde los tiempos originarios, según el mito de Huarochirí. Sus robos y sus romances -siempre en casa ajena- suelen terminar mal. Es astuto, agresivo, mentiroso, bocón y vanidoso. Es además

un solitario sin familia, un wajcho. Piensa siempre ganar con astucia las contiendas y desafíos, pero termina engañado por su opositor. El zorro es de Sallga. Si bien pelea con el saltamontes y el puma, tiene especialmente dos clases de adversarios: las aves, reflejo del Arajpacha (cóndor, halcón, ganso, suri, colibrí, loro, paloma, perdiz), y los humanos o sea el mundo cultural del ayllu. El zorro pierde porque no debe meterse en el Arajpacha, ni en el Akapacha del ayllu. Todos los animales se burlan de él: el quirquincho, el conejo, el burro, el caballo, el cuy, el oso, la vicuña, la viscacha, el zorino, el sapo, la culebra y el lagarto, y en especial el humilde ratón. Unos ejemplos del ciclo de cuentos del zorro y el ratón:

El ladrón de choclo. Un campesino quiere, con la ayuda de sus tres hijos atrapar al ladrón que en las noches le roba choclo de su chacra. El más joven pillar al ratón y lo amarra allí mismo para ir a buscar a su padre. Pasa el zorro y se burla del ratón. Pero éste le dice: 'El campesino me tiene castigado porque no me quiero casar con su hija'. Antonio se ofrece para reemplazarlo. Cuando aparece el campesino con un palo empieza a pegarle sin gracia ni perdón al zorro, quien, desesperadamente grita: 'Me casaré con tu hija, me casaré con tu hija'.

La lluvia de fuego. Finalmente el zorro escapa y parte a buscar al ratón para devorarlo. Lo encuentra cavando un hoyo en el suelo y, curioso, le pregunta: '¿Qué estás haciendo?' El ratón le dice: 'Hago mi abrigo porque esta tarde va a caer la lluvia de fuego'. El zorro le cree y empieza a cavar también su hoyo. Cuando solo se le ve el traste, el ratón lo flagela con espinas gritando: 'Apúrate, que ya comenzó la lluvia'.

La roca que cae. El zorro descubre el engaño y quiere castigar al ratón de una vez. Lo encuentra sentado contra una roca y le pregunta: '¿Qué haces?' 'Cuidado, hermano, porque la roca está cayendo y nos va a aplastar. Ya no puedo aguantarla. Sujétala un momento para apuntalarlo con un palo'. El zorro sujeta la roca y así queda esperando al ratón que no regresa.

La olla con mazamorra. El zorro encuentra al ratón en su camino y le pregunta: '¿Qué haces?' 'Nada, hermanito. Tengo rica mazamorra'. El zorro se hace invitar y el ratón lo lleva esa noche a la cocina del campesino donde juntos comen la mazamorra de una olla de greda. El zorro, hambriento como siempre, quiere comerse hasta el último concho del fondo. Luego queda pillado y no puede sacar más la cabeza de la olla. Suplica al ratón que lo

lleve a una piedra para romper la olla a golpes. El ratón lo lleva a la cama del campesino y el zorro rompe la olla sobre la cabeza del hombre. Este despierta y comienza a castigarlo sospechando una relación amorosa del zorro con su esposa. Mientras tanto el ratón se escapa riéndose.

La fiesta del pueblo. El zorro muy enojado con el ratón, está decidido a vengarse y devorarlo. Cuando encuentra al ratón, éste le dice: 'Hermano, espera un solo día, porque justo estoy pasando la fiesta del Santo'. Incluso le invita al zorro, ya que es buen trompetista, a que se encargue de la música. Antonio que es vanidoso acepta y el ratón lo lleva a su habitación, cierra la puerta y quema la casa. A penas el zorro escapa, cubierto de quemaduras. De ahí los pelos negros en su poncho rojo.

El queso. De noche, el zorro encuentra al ratón tomando agüita a la orilla de la laguna y nuevamente lo quiere devorar. El ratón le dice: '¡Conforme! Pero ayúdame primero a sacar el queso que se me cayó al agua'. Es la luna que se refleja en el agua, pero el zorro le cree y comienza a tomar el agua de la laguna hasta que revienta y muere.

El final de este último cuento, donde el zorro revienta, es un elemento mitológico muy antiguo que aparece también en otras cosmogonías y que trataremos más abajo. El que el campesino sospecha que su esposa mantiene relaciones sexuales con el zorro no significa exceso de celos del hombre. Con razón reacciona así porque debía saber qué papel juega el zorro en los cuentos sobre sus fechorías con mujeres. Constantemente el zorro busca enamorarlas pero sus amores están todos destinados a fracasar y le acarrear solamente vergüenza y daño personal. No puede ser diferente cuando sabemos que el zorro pertenece a otro mundo que es en todo distinto del Akapacha y del ayllu. Su mundo es el Sallqa, el mundo silvestre y salvaje, que por definición es incompatible con el mundo cultural del ayllu. Es necesario defender estrictamente los deslindes que distinguen y separan el mundo silvestre del mundo humano, y que separan el Akapacha del Manqhapacha. En sus intentos por penetrar en el mundo humano el zorro trata de meterse en lo más sagrado del aymara, la fuente de su vida: la chacra, el ganado, la casa, la cocina, la cama matrimonial, la matriz de la mujer. En breve: la moraleja es que el zorro, figura nocturna, figura del Sallqa y del Manqhapacha, es una constante amenaza para el orden existencial y el ayllu humano.

Las bodas falladas. Una señorita, a que le gustaba mucho comer carne, tuvo la visita de un joven vestido de poncho rojo que la enamoró. Cada noche el joven la visitaba y le traía carne. La señorita pidió casarse con él. El zorro aceptó y le prometió traer el otro día, al anochecer su ganado al corral de la señorita y casarse con ella esa misma noche. Pero cuando los cuñados durante la fiesta detonaron sus petardos para ahuyentar a los espíritus malos, el novio arrancó sin avisar y no volvió más.

Las dos pastoras. Dos pastoras vivían en una casa solitaria. Una noche las visitó un joven elegante y gentil con traje rojizo que tocaba la bandola. Las pastoras lo hicieron entrar a su casa y se enamoraron de él. Toda la noche cantaron y bailaron. Cuando el joven, casi al amanecer quiso retirarse las pastorcitas le regalaron cada una su fajita. Todas las noches el joven volvía y las pastoras se preguntaban, por qué solamente de noche. Inventaron cómo retenerlo hasta después del amanecer. Pero cuando había salido el sol el joven se transformó en zorro, mordía y pegaba al que se le acercaba y arrancó. Su bandola resultó una paleta de burro y las dos fajas se transformaron en las chillas que desde entonces el zorro lleva en la cintura.

El pene enganchado. Una vez el zorro enamoró una señora cuando su esposo se había ido de viaje. Dormía cada noche con ella hasta que una noche su esposo volvió. A penas escuchó su voz en el patio, ella quería sacar el pene del zorro de su vagina, pero este se enganchó como pasa en la junta de perros, de modo que la señora en su desesperación tomó un cuchillo y lo cortó. Luego salió a saludar a su esposo mientras el zorro huyó sangrando. La mañana siguiente muy temprano cuando la señora salió a buscar agua en el río, el zorro la esperaba y le pidió devolverle su 'oca'. Pero ella no quiso. Al día siguiente volvió el zorro a suplicarle por lo mismo, pero ella no quería, hasta que al tercer día al orinar la señora lo sacó de su vagina y lo tiró al río que lo llevó más abajo donde el zorro lo estaba esperando. Pero llegó la suegra de la señora que pescó la oca del agua y lo echó a hervir. El zorro fue a suplicarle que le devolviera su oca pero ella también se lo negaba. En vano la suegra trató durante tres días de hervirla y molerla. Por eso la dejó al tercer día en el patio envuelta en lana a la intemperie. Entonces el zorro recuperó su pene, lo lavó y lo puso en su lugar. Pero antes que se había afirmado bien volvió a perderlo cuando se bañaba en el río. Se soltó y el río se lo llevó. Un jote que lo vio lo pescó, lo devoró y voló a su nido.

La amenaza que significa el zorro para el orden existencial del Akapacha aparece cuando quiere comer alimentos que no le corresponden (sopa, carne de llama), iniciar relaciones imposibles (de compadre, esposo, pasante de fiesta), introducirse en las ocupaciones más propias y los asuntos más íntimos de los humanos (chacra, ganado, río y fuente, la cocina y la cama, la música y el baile, la fiesta y el trabajo, la misa y la boda), trasgrediendo así las normas y las leyes o ‘costumbres’ del ayllu. Sus pertrechos no son simples torpezas de un payaso o un arlequín de la corte sino una penetración agresiva en el orden sagrado e intocable del mundo y una amenaza a la existencia misma del ayllu y la del ser humano. Los cuentos expresan muy claro su mensaje: pasar estos límites es intolerable. El castigo del zorro no tiene perdón, porque no los respeta. Mil y una vez paga por sus metidas terminando pegado, quemado, flagelado, ahogado, congelado, pinchado, reventado, humillado y ridiculizado. El zorro es de otro mundo y representa el desorden: no debe penetrar en nuestro mundo porque eso sería el colapso del orden y el fin de este mundo. Objetivo de los cuentos del zorro es confirmar y sancionar los límites entre Manqhapacha y Akapacha, entre orden y desorden, entre Fas y Nefas, entre Sallga y Ayllu.

El zorro no solamente intenta penetrar en el Akapacha. El cuento del viaje que hizo al Arajpacha explica más aún su posición y función en la cosmovisión andina.

El banquete en el cielo. El zorro supo que en el arajpacha se haría una gran fiesta con mucha comida. Quiso ir también pero no estaba invitado. Pidió al cóndor que lo llevara. Primero éste no quiso, pero después dijo: “Bueno, te llevo, pero pórtate bien y no comas los huesos. Juntos se fueron al cielo a escuchar misa, se divertieron con la música y el baile y gozaron de abundante comida y bebida. El zorro se llenó el estómago con toda clase de frutas y semillas que había en el cielo, olvidándose de los avisos del cóndor. Rompió y comió los huesos y se portó mal con todos. Por eso el cóndor se enojó y volvió solo a la tierra. El zorro no encontró con quien volver. Por eso se hizo un trenzado de paja y se deslizó hacia abajo. A medio camino vio el loro, lo insultó y más encima lo amenazó: “Loro, lengua de papa, lengua de chuño, te mataré”. Se enojó el loro y comenzó a cortar el trenzado. El zorro cayó como piedra y gritó: “Tiendan ponchos, tiendan chuses, que estoy bajando del cielo”, pero nadie le hizo caso. Cayó y se reventó y todas las semillas del

cielo se desparramaron en la tierra. Así aparecieron los cultivos y las frutas en la tierra.

Este cuento es, más que leyenda, un mito muy antiguo y generalizado que, con variaciones regionales, se encuentra en todo el mundo andino. En su contexto mestizo-cristiano, los conceptos de Araj - Aka - Manqhapacha suelen traducirse como: cielo - tierra - infierno. Sin embargo en el contexto mitológico andino hay que entenderlos en su sentido original, que a pesar de los elementos de coincidencia es bastante distinto. Arajpacha es el mundo del Tata Inti y Mama Quilla, Padre Sol y Madre Luna, y de las estrellas. A veces encontramos allí también a los héroes de la cultura, como Cuniraya Wiracocha, los fundadores del ayllu y los antepasados. La cosmogénesis tuvo allí su origen y su sanción última. Cultura, tecnología, religión y ética tuvieron allí su anclaje y garantía. El orden jurídico y político del Incario fue cimentado en el Arajpacha, en quechwa llamado Hananpacha. Posteriormente, después de la Conquista, el Arajpacha cobijó especialmente el panteón cristiano encabezado por “Tatitu Awki Tius” (Dios Padre), el Señor Jesucristo, los Santos, los Angeles y las Vírgenes. El nuevo orden, andino-cristiano, estuvo también anclado en el Arajpacha, el que siguió siendo el ambiente del Fas (Kusch; 1970, 131).

Akapacha, nuestro mundo aquí, fue ordenado, modelado y cultivado desde el Arajpacha, aunque “nació” de Pachamama, la Madre Tierra. Akapacha es un mundo de seres vivientes en que todos son parte del cuerpo de la Madre Tierra o criaturas nacidas de Ella. Es un mundo concebido como una gran organismo vivo. Las cosas son vivas y se relacionan entre ellas como seres vivientes. El ser humano no es su dueño sino que las puede tener prestadas: su ganado, sus chacras, su casa..., y los animales nacen como sus “hermanos de madre”. Para el hombre es vital entender el lenguaje y el mensaje de las cosas, las que siempre son más de lo que en su aspecto exterior aparecen. De ahí el interés del Andino para el simbolismo y los sueños, su permanente preocupación - llamada ‘supersticiosa’ - por las cosas y de ahí también su discurso metafórico donde los conceptos tienen, además, significados secundarios y terciarios (Van Kessel; 1988). Aparecieron en este mundo los héroes culturizadores, especialmente Wiracocha, y ordenaron el Akapacha al modelo del Arajpacha, pero respetando los deslindes que lo distinguen y separan del mundo de arriba y de abajo. Así enseñaron a los humanos: la agricultura, el matrimonio, la música, en fin: la cultura, la religión y la moral.

Manqhapacha -originalmente el mundo de adentro, del subsuelo, de las minas- es en la cosmovisión andina el mundo de los dioses vencidos de tiempos anteriores a los sucesivos ‘pachakuti’, los cataclismos generales o vuelcos de los mundos anteriores. Allí se encuentran: el Pez, la Serpiente, los Demonios preincaicos. Los misioneros venidos de España pretendieron ubicar allí a Satanás, los condenados y también los dioses andinos llamados ahora ‘ídolos’. Sin embargo, lograron solamente en parte su intención, porque el aymara supo reservarse con autonomía e independencia su propio universo, poblándolo dignamente de acuerdo a su antigua cosmovisión actualizada por los yatiris post-incaicos. Como sea, los seres del Manqhapacha constituyen la amenaza fatal del orden existente y la fuente de toda subversión contra normas y costumbres. Es por eso que Kusch (1970) lo llama ‘el ambiente del Nefas. El Manqhapacha como foco subversivo, contiene también la posibilidad de un orden nuevo que surgiría de una nueva catástrofe con colapso total del orden existente: un nuevo Pachakuti. Podríamos pensar aquí también en el mito milenarista de Inkarrí.

La relación Araj - Manqha - Akapacha es la de Tata - Tayna - Puchu; o Padre - Hijo mayor - Hijo menor (ego), en que el Tayna, destinado a suceder al Tata, pretende meterse ya entre éste y el Puchu, entre tradición y factualidad, entre antepasados y ayllu o mundo actual, tratando de asumir desde ya la autoridad paternal, obstaculizar el gobierno del Tata y chantajear al Puchu (ego). Para sobrevivir, el Sullka (hermano menor, ego) debe respetar a su hermano mayor (Hilata) y saber convivir con él, sin ofender al Tata. La expresión ‘estar bien con Dios y con el Diablo’ es relevante para esta posición y de paso da a conocer que el Diablo de la mitología andino es bastante diferente del Diablo de la teología cristiana.

Es necesario vigilar bien las relaciones entre Araj - Aka - Manqhapacha. Objetivo es mantener las relaciones y a la vez respetar la alteridad y guardar las distancias. Illapu, el relámpago, y el yatiri, el sabio andino, son los que mantienen correctamente los contactos entre Arajpacha y Akapacha. La figura relacionadora entre Manqhapacha y Akapacha es, aparte del laika (el mal llamado brujo andino), el zorro Antonio.

El mito del viaje al cielo marca varios traspasos de límites del zorro por el eje vertical (Araj - Aka - Manqhapacha): entre la tierra y el cielo, donde se mete en un mundo que no le corresponde. No sabe comportarse y atenta contra el orden celestial. Su castigo es la caída, la que se transforma en el segundo

traspaso, del cielo a la tierra, donde se introduce con ofensas y amenazas, insolencias y mal comportamiento. Su comportamiento nefasto le trae castigo y lo destruye, pero también, aunque a pesar suyo, dio origen a una bendición para los humanos: la agricultura, y en otra versión del mismo mito, el (dominio del) fuego. Así marca un traspaso de otro tipo y por un eje horizontal, franqueando el umbral entre la economía recolectora y la economía agrícola, entre naturaleza y cultura, el Sallqa y Ayllu, tal como observa Schramm (1988).

La simbólica de los cuentos demuestra también como el Akapacha debe defenderse de la agresión del zorro intruso, provocador del caos en el orden establecido. Hay que mantener cuidadosamente el equilibrio entre Arajpacha - y Akapacha.

El (orden del) ayllu humano está continuamente en peligro. La continuidad de la vida es amenazada, pero encuentra su garantía por la mantención de las distancias y la defensa de los límites con hitos claramente marcados y que no deben ser tocados, ignorados ni destruidos (Schramm; 1988, 244).

La tradición oral andina -la que aparte de los mitos y leyendas abarca también las costumbres, rituales y fiestas- tiene por función principal conservar y renovar el saber y la tecnología, la cosmovisión y la ética del ayllu y entregarlas a la nueva generación. Los cuentos del zorro Antonio han sido, durante milenios, enseñanza y diversión en la comunidad que se reproduce. El zorro es el personaje que opera entre cielo y tierra, entre padre y Ego. En la comunidad andina, en el fondo una comunidad ágrafa, este personaje obscura juega un papel de importancia. Podemos decir que el andino, sea pastor sea agricultor, recibe y comunica fundamentalmente su cosmovisión, sus conocimientos del medio natural y su tecnología y su sabiduría, mediante el recurso del arte narrativo.

BIBLIOGRAFÍA

- Alegría, P. El tiwula o de la ambigüedad en el mundo andino. Conferencia en la reunión anual de etnología, del Museo Nacional de Etnografía y folklore; La Paz, 1987.
- Castro Pozo, H. Nuestra comunidad Indígena; Lima, 1979 (1924).
- Flores, R., Amato, J. y Podestá, J. UYBIRMALLCO: Cerros que nos dan la vida, CREAM; Iquique, 1989

- Kessel, J. van. *Holocausto al progreso: Los aymaras de Tarapacá*; Amsterdam, CEDLA.
- *Tecnología aymara: un enfoque cultural*. En: *Hombre y Desierto, una perspectiva cultural*. Inst. de Investigaciones Antropológicas, U. de Antofagasta, N° 2, 1988. También en: Javier Medina (ED.): *Tecnología andina. Una introducción*; La Paz, 1990 y en: *Cuadernos IECTA*, N° 3; Puno, CIDSA, 1991.
- Kusch., R. *El pensamiento indígena americano*; Puebla, 1970.
- Laurent, I. *El mundo de los animales en pampas "La Florida"*; En: *Bol. IFEA*, XIII, N°1-2, 1984.
- López, L., y Sayritupac D. *WIÑAY PACHA: (Edición bilingüe)*, IEA; Puno, 1985.
- Morote Best, E. *Aldeas sumergidas*. CERA; Cuzco, 1988.
- Osterling, J. *Cuentos animalísticos de Pampas "La Horda" (Chancay)*; en: *Bol. IFEA*, XIII, N°1-2, 1984.
- Paine, J. *Cuentos cusqueños*; CERA; Cuzco, 1984.
- Schramm, R. *Symbolische Logik in der mündlichen Tradition der Aymaras*. DRV; Berlín, 1988.
- Taylor, G. *Ritos y tradiciones de Huarochirí del s. XVII*, IEP; Lima, 1987.
- Vienrich, A. *Fábulas quechuas, Tarmap pachahuarainin*. I.A.A; Lima, 1989.